



GAUCHO POBRE

Enrique Amorín (1)

A Jorge Luis Borges

Mire, mi amigo, las cosas pasaron así. Yo entré en la pulpería del ñato Godoy, bien liviano e caña, Tuavía el sol estaba alto. Los domingos nos da por tabear entre conocidos. Pero el último, el día no pintaba pa la taba. No sé por qué, pero fue ansina. El rubio Freneroso venía medio chispeau dende la mañana. Mamau no, eso se lo deajo por escrito. No. Yo no acostumbro a pelear con mamaus porque le meten al pico, en qantes, durante y despué. No. si hay que peliar que hablen los cuchillos, ¿no le parece?

Cuantas más copas se empina el cristiano más labia compra. Y las cosas, creo yo, ¿no?, muy conversadas, no son de hombres. O se pelea o se le mete a la payada. Cuando fui hombre de guitarra, era otra cosa. Así fue que entrando en lo del Ñato, me acomodé como quien dice, pa mandarme un trago y no sé por qué todo el mundo le dio por decir que me pondría defrente al rubio pa mojarle la oreja. Las toses y las escupidas me lo fueron diciendo.

-Vas a necesitar una doble -dijo el Ñato.

¿Qué doble? ¿Pa qué una doble? ¿Qué quería decir el

pulpero? Güeno, aceté la doble. Ya las cosas las acomodaban los jotros, por su cuenta, como acontece en estos casos. El Ñato lo decía, ¿por qué negarme?

Me mandé una doble como quien cumple en misa. Y fui viendo más claro, siguro. Supuse que hacía poquito rato que habían hablau de mí. Se olía de lejos lo conversado, como meada de zorrino. Estaba fresquita la porquería.

Yo vide la barbita de Freneroso rayada por la jarana. a mí no me gusta tomar a la chacota aquello que puede ponerse colorau. Cada cual con su parecer, está visto, pero la sangre es sangre en cualquier lau, sea al sol o a la luna. Y no me gusta romper al pepe ni un vasito de caña. Eso de pelear y que a uno le pasen después la cuenta de las botellas rotas o del tubo de la lámapara, no es serio. Me trajo mala estrella apagar faroles. Pa pelear, la hondonada, el bajo, campo abierto, sin más testigos que la lechuza. El que queda en el suelo, queda... Estas cosas me parecen que las fui diciendo, pero no estoy muy cierto, ¿sabe?, no estoy muy cierto de haberlas dicho. Eso sí, ricuerdo que repetí: "El que queda en el suelo, queda... ¡y que le vengan a contar los tajos!..." Y cuando empiné la tercera caña doble, no me pude aguantar y levanté la espuma: "Si alguno me esperaba, no tiene más que seguirme". Y salí pa fuera, escupiendo a un lau, por las dudas. Siempre es güeno mirar, mirar de costau, pero con

alguna razón, ¿no? Entonces vide al rubio que venía pal palenque, grandote, caracho, la melena haciéndole cosquilla al pañuelo colorau, y revolando el poncho de la zurda. "No hay que andar con vueltas, deliberando -me dije pa dentro- En domingo cae bien la sangre". Toqué a mi malacara y rumbié pal bañado. Como quien no quiere la cosa, doblé la cabeza como un atambora y vide que el rubio hacía caracolear su lobuno frente a la pulpería. "Se están aprontando pa la carrera", dije bajito. A Frereroso siempre le gustó levantar polvareda. Es un gusto respetable, ¿no? Así que me perdí en el bajo, pensando en el lobuno. "Lindo pingo, pa entrar en el pueblo haciéndolo bufar. Lindo lobuno pa alzar el vuelo y que no te encuentre ni el mismísimo diablo."

Y no hay por que decirlo, ¿eh?, que fue por el lobuno que hice lo que hice. Si me equivoqué, paciencia. Otros se pierden por una mujer. Pero yo montaba un malacara mal lambido, como le dicen, que me agenció el entenau del tuero. Comprendo que lo hice por el loguno, más que por otra cosa. No bien llegué a la pulpería, el animal me miró con ojos golosos. Se me aflojaron las piernas, lo juro. El lobuno me ofateó en el aire como si ya fuese mío. Lo que hice, fue por aquel caballo. Lo juro por esta luz que me alumbrá.

Estaba en el bajo, cerquita del bañado, junto a unas totoras, cuando en el lomo del cerro apuntó la cabeza del lobuno. Las orejitas le saltaban como dos estrellas. Dispués, pasó el sombrero de Frereroso. El rubio lo trafa al tranco, pasó a paso como una bendición. Yo estaba apeau con el cabresto del pobre malacara en la zurda y calentando el mango con la derecha. Necesitaba tener al hombre cara a cara para sentirme más macho. Y que el lobuno me viese, canejo que los caballos saben mirar más adentro que las gentes. Cuando él me dijo: "Me esperabas ¿no?", yo miré pa todos laus. Ni siquiera una res, ni un ánima... Como a mí me gusta, volvió a repetir ya con el lobuno que se me venía encima:

-¿Me esperaba, no?...

Y no tuve tiempo de buscar palabras pa contestar. ¿Qué puta podía decirle yo?... Pelé la farifiñera y sin asco la dejé correr por el encuentro del malacara hasta que sentí en la punta la pulpa del corazón. El bicho se me vino abajo como una rama de molle viejo. Quedó tumbado cerca del total y yo... con la mano medio tibia, ya...

-¡Bábarol-gritó el rubio-. ¿Por qué hacés eso? - mientras

ataba las riendas del lobuno espantado en una mata de mío-mío.

Sacudí el facón con rabia. Esperé que se me viniese encima. Pero mi contrario parecía que le ardía la lengua:

-¡Sos un bárbaro...!

-Mirá -le constesté mirando de reojo al malacara y tumbado que boquiaba-. No servía pa nada. Me gusta tu lobuno. Y como de aquí no debe salir caminando más que un uno... ¡Sobra un caballo!

Lo que después pasó, no sé contarlo. ¡Qué yo otro ponga música!

Sólo sé decirles una cosa: al rubio se le pusieron blancas las barbitas.

Y como soy un gaucha pobre...

(1) *El tiempo es implacable: a partir de los veinte años de edad (1920), y hasta que falleció (1960), Enrique Amorim fue sin duda el escritor uruguayo más prolífico, diverso, publicado, y traducido y promovido: siete libros de poesía, diez de cuentos, catorce novelas, no sabemos cuántas obras de ensayo, de notas y de relatos, libretos, guiones cinematográficos; colaboraciones de todo tipo, artículos y reportajes en las publicaciones nacionales y extranjeras de mayor circulación; ediciones en múltiples idiomas; encendidos comentarios de las más diversas plumas críticas; amistosa correspondencia epistolar con las más encumbradas figuras artísticas de su época, viajes y viajes. Pues a dieciocho años de su desaparición, la memoria de este autor comienza a caer, y eso ya holgadamente, en tres novelas (La Carreta, El Paisano Aguilar y El Caballo y su Sombra), y una media docena de cuentos (por ejemplo Las Quitanderas, La Doradilla, Gaucho Pobre), todas aquellas y la mayor parte de éstas, ubicados en el campo. ¿A qué debe atribuirse tan rápida y brusca reducción del ámbito de interés por este autor de producción tan caudalosa y difundida? Creemos sinceramente que a nada más que a una justa revaloración crítica de la mencionada obra del escritor salteño; es decir, a un análisis objetivo y desapasionado de la misma, un análisis liberado de la carismática personalidad de aquel multimillonario generoso, huésped habitual de los mejores hoteles del mundo, hedonista predominantemente donjuanesco, espléndido anfitrión, etc., que se llamó Enrique Amorim. ¿Por qué este último redujo del interés por la obra de Amorim hubo de centrarse sobre algunas de sus más acaespinadas creaciones? Sencillamente porque ése es, según nos parece, el ámbito de nuestra narrativa donde, a pesar de la tradición y de los grandes maestros, la inautenticidad suele campar más impunemente. Pues habrá de convenirse que, no obstante todos los méritos que pueda acreditar en rubros como los de la imaginación, el estilo, la experiencia amatoria y otros, Amorim es eminentemente inauténtico en las novelas y cuentos últimamente mencionados. La Carreta, que es de todas esas obras la que mayor fama le dio al autor, constituye el caso más elocuente de invención de irrealidades, sobre escenario y en lenguaje criollo que se haya dado entre nosotros. Uno de los críticos de Amorim más reconocidos a la prodigalidad de su amistad, dijo de él que fue un "gozador de la vida múltiple". A dieciocho años de muerto el salteño universal, corresponde preguntar si la creación literaria fue o no uno de sus múltiples goces vitales. Cualquiera sea la respuesta, creemos que en torno a ella girará el juicio definitivo sobre la obra narrativa de Amorim.*

Bien sabemos que Gaucho Pobre no es el más representativo de sus cuentos; el autor a quien le gustaba salir a la prensa o al libro, ya enfrentando a sus críticos, ya defendiendo o exaltando su propia obra, hubo de referirse a La Doradilla como a un cuento poco menos que ejemplar, y luego reproducirlo; varios críticos se han ocupado del cuento Las Quitanderas, y también lo han publicado. Creemos que son los dos mejores cuentos que escribió Amorim; pero atendiendo a su repetida difusión, hemos resuelto dar aquí el que, a nuestro entender, merece figurar en tercer lugar; esto es, el que coincidentemente figura en tercer término de la segunda parte de su libro Después del Temporal; el ya citado Gaucho Pobre.